

El capitán, en cuclillas, se quedó mirándola, con las manos extendidas, la boca abierta y los ojos húmedos.

Los otros tres hombres, de pie sobre sus sombras, escupieron en la calle de piedra.

El señor Iii abrió la puerta. Salía en ese momento para una conferencia, pero podía concederles unos instantes si se decidían a entrar y le informaban brevemente del objeto de la visita.

—Un minuto de atención —dijo el capitán, cansado, con los ojos enrojecidos—. Venimos de la Tierra, en un cohete; somos cuatro: tripulación y capitán; estamos exhaustos, hambrientos, y quisiéramos encontrar un sitio para dormir. Nos gustaría que nos dieran la llave de la ciudad, o algo parecido, y que alguien nos estrechara la mano y nos dijera: "¡Bravo!" y "¡Enhorabuena, amigos!" Eso es todo.

El señor Iii era alto, vaporoso, delgado y llevaba unas gafas de gruesos cristales azules sobre los ojos amarillos. Se inclinó sobre el escritorio y se puso a estudiar unos papeles. De cuando en cuando alzaba la vista y observaba con atención a sus visitantes.

—No creo tener aquí los formularios —dijo revolviendo los cajones del escritorio—. ¿Dónde los habré puesto? Deben estar en alguna parte... ¡Ah, sí, aquí! —Le alcanzó al capitán unos papeles.— Tendrá usted que firmar, por supuesto.

—¿Tenemos que pasar por tantas complicaciones? —preguntó el capitán.

El señor Iii le lanzó una mirada vidriosa.

—¿No dice que viene de la Tierra? Pues tiene que firmar.

El capitán escribió su nombre.

—¿Es necesario que firmen también los tripulantes?

El señor Iii miró al capitán, luego a los otros tres y estalló en una carcajada burlona.

—¡Que ellos firmen! ¡Ah, admirable! ¡Que ellos, oh, que ellos firmen! —Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se palmeó una rodilla y se dobló en dos sofocado por la risa. Se apoyó en el escritorio.— ¡Que ellos firmen!

Los cuatro hombres fruncieron el ceño.

—¿Es tan gracioso?

—¡Que ellos firmen! —suspiró el señor Iii, debilitado por su hilaridad—. Tiene gracia. Debo contárselo al señor Xxx.

Examinó el formulario, riéndose aún a ratos.

—Parece que todo está bien. —Movi6 afirmativamente la cabeza.— Hasta su conformidad para una posible eutanasia —cloqueó.

—¿Conformidad para qué?

—Cállese. Tengo algo para usted. Aquí está. La llave.

El capitán se sonroj6.

—Es un gran honor...

—¡No es la llave de la ciudad, imbécil! —ladró el señor Iii—. Es la de la Casa. Vaya por aquel pasillo, abra la puerta grande, entre y cierre bien. Puede pasar allí la noche. Por la mañana le mandaré al señor Xxx.

El capitán titubeó, tomó la llave y se quedó mirando fijamente las tablas del piso. Sus hombres tampoco se movieron. Parecían secos, vacíos, como si hubiesen perdido toda la pasión y la fiebre del viaje.

—¿Qué le pasa? —preguntó el señor Iii—. ¿Qué espera? ¿Qué quiere? —Se adelantó y estudió de cerca el rostro del

capitán.— ¡Váyase!

—Me figuro que no podría usted... —sugirió el capitán—, quiero decir... En fin,, Hemos trabajado mucho, hemos hecho un largo viaje y quizá pudiera usted estrecharnos la mano y darnos la enhorabuena —añadió con voz apagada—. ¿No le parece?

El señor Iii le tendió rígidamente la mano y le sonrió con frialdad.

—¡Enhorabuena! —y apartándose dijo—: Ahora tengo que irme. Utilice esa llave.

Sin fijarse más en ellos, como si se hubieran filtrado a través del piso, el señor Iii anduvo de un lado a otro por la habitación, llenando con papeles una cartera. Se entretuvo en la oficina otros cinco minutos, pero sin dirigir una sola vez la palabra al solemne cuarteto inmóvil, cabizbajo, de piernas de plomo, brazos colgantes y mirada apagada.

Al fin cruzó la puerta, absorto en la contemplación de sus uñas...

Avanzaron pesadamente sobre el pasillo, en la penumbra silenciosa de la tarde, hasta llegar a una pulida puerta de plata. La abrieron con la llave, también de plata, entraron, cerraron, y se volvieron.

Estaban en un vasto aposento soleado. Sentados o de pie, en grupos, varios hombres y mujeres conversaban junto a las mesas. Al oír el ruido de la puerta miraron a los cuatro hombres de uniforme.

Un marciano se adelantó y los saludó con una reverencia.

—Yo soy el señor Uuu.

—Y yo soy el capitán Jonathan Williams, de la ciudad de Nueva York, de la Tierra —dijo el capitán sin mucho entusiasmo.

Inmediatamente hubo una explosión en la sala.

Los muros temblaron con los gritos y exclamaciones. Hombres y mujeres gritando de alegría, derribando las mesas, tropezando unos con otros, corrieron hacia los terrestres y, levantándolos en hombros, dieron seis vueltas completas a la sala, saltando, gesticulando y cantando.

Los terrestres estaban tan sorprendidos que durante un minuto se dejaron llevar por aquella marea de hombros antes de estallar en risas y gritos.

—¡Esto se parece más a lo que esperábamos!

—¡Esto es vida! ¡Bravo! ¡Bravo!

Se guiñaban alegremente los ojos, alzaban los brazos, golpeaban el aire.

—¡Hip! ¡Hip! —gritaban.

—¡Hurra! —respondía la muchedumbre.

Al fin los pusieron sobre una mesa. Los gritos cesaron. El capitán estaba a punto de llorar:

—Gracias. Gracias. Esto nos ha hecho mucho bien.

—Cuéntenos su historia —sugirió el señor Uuu.

El capitán carraspeó y habló, interrumpido por los ¡oh! y ¡ah! del auditorio. Presentó a sus compañeros, y todos pronunciaron un discursito, azorados por el estruendo de los aplausos.

El señor Uuu palmeó al capitán.

—Es agradable ver a otros de la Tierra. Yo también soy de allí.

—¿Qué ha dicho usted?

—Aquí somos muchos los terrestres.

El capitán lo miró fijamente.

—¿Usted? ¿Terrestre? ¿Es posible? ¿Vino en un cohete? ¿Desde cuando se viaja por el espacio? —Parecía decepcionado.— ¿De qué... de que país es usted?

—De Tuiereol. Vine hace años en el espíritu de mi cuerpo.

—Tuiereol. —El capitán articuló dificultosamente la palabra.— No conozco ese país. ¿Qué es eso del espíritu del cuerpo?

—También la señorita Rrr es terrestre. ¿No es cierto señorita Rrr?

La señorita Rrr asintió con una risa extraña.

—También el señor Www, el señor Qqq y el señor Vvv.

Yo soy de Júpiter —dijo uno pavoneándose.

—Yo de Saturno —dijo otro. Los ojos le brillaban maliciosamente.

—Júpiter, Saturno —murmuró el capitán, parpadeando.

Todos callaron; los marcianos, ojerosos, de pupilas amarillas y brillantes, volvieron a agruparse alrededor de las mesas de banquete, extrañamente vacías. El capitán observó, por primera vez, que la habitación no tenía ventanas. La luz parecía filtrarse por las paredes. No había más que una puerta.

—Todo esto es confuso. ¿Dónde diablo está Tuiereol? ¿Cerca de América? —dijo el capitán.

—¿Qué es América?

—¿No ha oído hablar del continente americano y dice que es terrestre?

El señor Uuu se irguió enojado.

—La Tierra está cubierta de mares, es sólo mar. No hay continentes, Yo soy de allí y lo sé.

El capitán se echó hacia atrás en su silla.

—Un momento, un momento. Usted tiene cara de marciano, ojos amarillos, tez morena.

—La Tierra es sólo selvas —dijo orgullosamente la señorita Rrr—. Yo soy de Orri, en la Tierra; una civilización donde todo es de plata.

El capitán miró sucesivamente al señor Uuu, al señor Www, al señor Zzz, al señor Nnn, al señor Hhh y al señor Bbb, y vio que los ojos amarillos se fundían y apagaban a la luz, y se contraían y dilataban. Se estremeció, se volvió hacia sus hombres y los miró sombríamente.

—¿Comprenden qué es esto?

—¿Qué, señor?

—No es una celebración —contestó agotado el capitán—. No es un banquete. Estas gentes no son representantes del gobierno. Esta no es una *surprise party*. Mírenles los ojos. Es cúchenlos.

Retuvieron el aliento. En la sala cerrada sólo había un suave movimiento de ojos blancos.

—Ahora entiendo —dijo el capitán con voz muy lejana— por qué todos nos daban papelitos y nos pasaban de uno a otro, y por qué el señor Iii nos mostró un pasillo y nos dio una llave para abrir una puerta y cerrar una puerta. Y aquí estamos...

—¿Dónde capitán?

—En un manicomio.

Era de noche. En la vasta sala silenciosa, tenuemente alumbrada por unas luces ocultas en los muros transparentes, los

transformaciones y aflicción.

—Magos, brujos —susurró un terrestre.

—No, alucinados. Nos comunican su demencia y vemos así sus alucinaciones. Telepatía. Autosugestión y telepatía.

—¿Y eso le preocupa, capitán?

—Sí, Si esas alucinaciones pueden ser tan *reales*, tan contagiosas, tanto para nosotros como para cualquier otra persona, no es raro que nos hayan tomado por psicópatas. Si aquel hombre es capaz de crear mujercitas de fuego azul, y aquella mujer puede transformarse en una columna, es muy natural que los marcianos normales piensen que también nosotros hemos creado nuestro cohete.

—Oh —exclamaron sus hombres en la oscuridad.

Las llamas azules brotaban alrededor de los terrestres, brillaban un momento, y se desvanecían. Unos diablillos de arena roja corrían entre los dientes de los hombres dormidos. Las mujeres se transformaban en serpientes aceitosas. Había un olor de reptiles y bestias.

Por la mañana todos estaban de pie, frescos, contentos y normales. No había llamas ni demonios. El capitán y sus hombres se habían acercado a la puerta de plata, con la esperanza de que se abriera.

El señor Xxx llegó unas cuatro horas después. Los terrestres sospecharon que había estado esperando del otro lado de la puerta, espiándolos por lo menos durante tres horas. Con un gesto les pidió que lo acompañaran a una oficina pequeña.

Era un hombre jovial, sonriente, si se lo juzgaba por su máscara. En ella estaban pintadas no una sonrisa sino tres.

Detrás de la máscara, su voz era la de un psiquiatra no tan sonriente.

—Y bien, ¿que pasa?

—Usted cree que estamos locos, y no lo estamos —dijo el capitán.

—Yo no creo que *todos* estén locos —replicó el psiquiatra señalando con una carita al capitán—. El único loco es usted. Los otros son alucinaciones secundarias.

El capitán se palmeó una rodilla.

—¡Ah, es eso! ¡Ahora comprendo por qué se rió el señor Iii cuando sugerí que mis hombres firmaran los papeles!

El psiquiatra rió a través de su sonrisa tallada.

—Sí, ya me lo contó el señor Iii. Fue una broma excelente. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Alucinaciones secundarias. A veces vienen a verme mujeres con culebras en las orejas. Cuando las curo, las culebras se disipan.

—Nosotros nos alegraremos de que nos cure. Siga.

El señor Xxx pareció sorprenderse.

—Es raro. No son muchos los que quieren curarse. Le advierto a usted que el tratamiento es muy severo.

—¡Siga curándonos! Pronto sabrá que estamos cuerdos.

—Permítame que examine sus papeles. Quiero saber si están en orden antes de iniciar el tratamiento. —Y el señor Xxx examinó el contenido de una carpeta.— Sí. Los casos como el suyo necesitan un tratamiento especial. Las personas de aquella sala son casos muy simples. Pero cuando se llega como usted, debo advertirselo, a alucinaciones primarias, secundarias, auditivas, olfativas y labiales, y a fantasías táctiles y ópticas, el asunto es grave. Es necesario recurrir a la eutanasia.

El capitán se puso en pie de un salto y rugió:

—Mire, ¡ya hemos aguantado bastante! ¡Sométanos a sus pruebas, verifique los reflejos, auscultelos, exorcísenos,

pregúntenos,

—Hable libremente.

El capitán habló, furioso, durante una hora. El psiquiatra escuchó.

—Increíble. Nunca oí fantasía onírica más detallada.

—¡No diga estupideces! ¡Le enseñaremos nuestro cohete! —gritó el capitán.

—Me gustaría verlo. ¿Puede usted *manifestarlo* en esa habitación?

—Por supuesto. Está en ese fichero, en la letra C.

El señor Xxx examinó atentamente el fichero, emitió un sonido de desaprobación, y lo cerró solemnemente.

—¿Por qué me ha engañado usted? El cohete no está aquí.

—Claro que no, idiota. Ha sido una broma. ¿Bromea un loco?

—Tiene usted unas bromas muy raras. Bueno, salgamos. Quiero ver su cohete.

Era mediodía. Cuando llegaron al cohete hacía mucho calor.

—Ajá.

El psiquiatra se acercó a la nave y la golpeó. El metal respondió suavemente.

—¿Puedo entrar? —preguntó con picardía.

—Entre.

El señor Xxx desapareció en el interior del cohete.

—Esto es exasperante —dijo el capitán, mordisqueando un cigarro—. Volvería gustoso a la Tierra y le aconsejaría no

ocuparse más de Marte. ¡Qué gentes más desconfiadas!

—Me parece que aquí hay muchos locos, capitán. Por eso dudan tanto quizá.

—Sí pero es muy irritante.

El psiquiatra salió de la nave después de hurgar, golpear, escuchar, oler y gustar durante media hora.

—Y bien, ¿está usted convencido? —gritó el capitán como si el señor Xxx fuera sordo.

El psiquiatra cerró los ojos y se rascó la nariz.

—Nunca conocí ejemplo más increíble de alucinación sensorial y sugestión hipnótica. He examinado el "cohete", como lo llama usted. —Golpeó la coraza.— Lo oigo. Fantasía auditiva. —Inspiró.— Lo huelo. Alucinación olfativa inducida por telepatía sensorial. —Acercó sus labios al cohete.— Lo gusto. Fantasía labial.

El psiquiatra estrechó la mano del capitán:

—¿Me permite que lo felicite? ¡Es usted un genio psicópata! Ha hecho usted un trabajo completo. La tarea de proyectar una imaginaria vida psicópata en la mente de otra persona por medio de la telepatía, y evitar que las alucinaciones se vayan debilitando sensorialmente, es casi imposible. Las gentes de mi pabellón se concentran habitualmente en fantasías visuales, o cuando más en fantasías visuales y auditivas combinadas. ¡Usted ha logrado una síntesis total! ¡Su demencia es hermosísimamente completa!

El capitán palideció:

—¿Mi demencia?

—Sí. Qué demencia más hermosa. Metal, caucho, gravitadores, comida, ropa, combustible, armas, escaleras, tuercas, charas. He comprobado que en su nave hay diez mil artículos distintos. Nunca había visto tal complejidad. Hay hasta som-

bras debajo de las literas y debajo de *todo*. ¡Qué poder de concentración! Y todo, no importa cuándo o cómo se pruebe, tiene olor, solidez, gusto, sonido. Permítame que lo abrace. —El psiquiatra abrazó al capitán.— Consignaré todo esto en lo que será mi mejor monografía. El mes que viene hablaré en la Academia Marciana. Mírese. Ha cambiado usted hasta el color de sus ojos, del amarillo al azul, y la tez de morena a sonrosada. ¡Y su ropa, y sus manos de cinco dedos en vez de seis! ¡Metamorfosis biológica a través del desequilibrio psicológico! Y sus tres amigos...

El señor Xxx sacó un arma pequeña:

—Es usted incurable, por supuesto. ¡Pobre hombre admirable! Muerto será más feliz. ¿Quiere usted confiarme su última voluntad?

—¡Quieto, por Dios! ¡No haga fuego!

—Pobre criatura. Lo sacaré de esa miseria que lo llevó a imaginar este cohete y estos tres hombres. Será interesantísimo ver cómo sus amigos y su cohete se disipan en cuanto yo lo mate. Con lo que observe hoy escribiré un excelente informe sobre la disolución de las imágenes neuróticas.

—¡Soy de la Tierra! Me llamo Jonathan Williams y estos...

—Sí, ya lo sé —dijo suavemente el señor Xxx, y disparó su arma.

El capitán cayó con una bala en el corazón. Los otros tres se pusieron a gritar.

El señor Xxx los miró sorprendido.

—¿Siguen ustedes existiendo? ¡Soberbio! Alucinaciones que persisten en el tiempo y en el espacio. —Apuntó hacia ellos.— Bien, los disolveré con el miedo.

—¡No! —gritaron los tres hombres.

—Petición auditiva, aun muerto el paciente —observó el señor Xxx mientras los hacía caer con sus disparos.

Quedaron tendidos en la arena, intactos, inmóviles. El señor Xxx los tocó con la punta del pie y luego golpeó la co-
raza del cohete.

—Persiste! ¡Persisten! —exclamó y disparó de nuevo su
arma, varias veces, contra los cadáveres. Dio un paso atrás.
La máscara sonriente se le cayó de la cara.

—Alucinaciones —murmuró aturdidamente—. Gusto. Vista.
Olor. Tacto. Sonido.

El rostro del menudo psiquiatra cambió lentamente. Se le
aflojaron las mandíbulas. Soltó el arma. Miró alrededor con
ojos apagados y ausentes. Extendió las manos como un ciego, y
palpó los cadáveres, sintiendo que la saliva le llenaba la
boca.

Movió débilmente las manos, desorbitado, babeando.

—¡Váyanse! —les gritó a los cadáveres—. ¡Váyase! —le
gritó al cohete.

Se examinó las manos temblorosas.

—Contaminado —susurró—. Víctima de una transferencia.
Telepatía. Hipnosis. Ahora soy yo el loco. Contaminado. Aluci-
naciones en todas sus formas. —Se detuvo y con manos entume-
cidas buscó a su alrededor el arma.— Hay sólo una cura, sólo
una manera de que se vayan, de que desaparezcan.

Se oyó un disparo.

Los cuatro cadáveres yacían al sol; el señor Xxx cayó jun-
to a ellos.

El cohete, reclinado en la colina soleada, no desapareció

Cuando en el ocaso del día la gente del pueblo encontró
el cohete, se preguntó qué sería aquello. Nadie lo sabía; por-
lo tanto fue vendido a un chatarrero, que se lo llevó para de-
montarlo y venderlo como hierro viejo.

Aquella noche llovió continuamente. El día siguiente fue
bueno y caluroso.

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO

COMEDIA FRIVOLA PARA GENTE SERIA

EN TRES ACTOS

PERSONAJES

JUAN GRESFORD.
ARCHIBALDO MONCRIEFF.
EL REVERENDO CANÓNIGO ASCOT.
ANSELMO, *mayordomo*.
ESTEBAN, *criado*.
LADY BRACKNELL.
SUSANA.
CECILIA.
MISS PRISM, *institutriz*.

ACTO PRIMERO.—Un saloncito en casa de Archibaldo Mon-
crieff, Half-Moon Street, Londres (W).

ACTO SEGUNDO.—Jardín de la quinta de Juan Gresford,
Woolton.

ACTO TERCERO.—Saloncito en casa de Juan Gresford.

EPOCA ACTUAL